

Eugenesia

Por el Doctor Hans Betzhold.

La Eugenesia cuida la vida.

El nombre de Eugenesia viene del griego, y se compone de dos palabras: «eu», que significa «bueno», y «genesia» derivada de «genos», engendrar, y por lo tanto expresa «buen engendramiento».

Vida es lucha. Lucha contra todo, lucha contra fuerzas orgánicas, contra las inorgánicas, lucha por un espacio, lucha por la vida. Lucha constante es la ley grande y única de la naturaleza. La naturaleza ha existido y podría existir sin nuestra especie.

El hombre, en cambio, no podría existir sin el concurso de la naturaleza. El se sirve de ella, pero va su actividad, sea cual fuere su índole, vigilada por las leyes de la naturaleza y todavía no ha logrado un triunfo, por efímero que sea, ninguna actividad que haya tratado despreciarlas. Las victorias memorables que ha obtenido el hombre sobre la naturaleza han surgido siempre cuando fueron respetuosas con sus leyes. Todos los inventos tienen aquí una explicación; no conocemos ninguno sobrenatural. Si aún son muchos los que guardan el hallazgo genial que los lance al escenario donde se mueve el hombre, es bien probable, pero todos vendrán cimentados sobre leyes ya dadas, inamovibles, naturales.

Se desprende de lo antedicho que a veces el hombre somete a la naturaleza, pero ella toma su desquite. La vemos tomar su desquite y tenemos que dejarla que lo tome: ella no es vencible sino a medias, porque está instalada desde millones de años en las escondidas honduras de todas las vidas; con un oculto vigor inagotable ella hace pesar su ascendiente ancestral. Nos entrega marcados, marcados has ta el detalle más ínfimo. Nos entrega llenos de predisposiciones somáticas y psíquicas. Sólo muy de tarde en tarde a uno que otro le es posible inscribir una cualidad adquirida en el plasma germinal. En realidad, el hombre es al parecer más dueño de la naturaleza externa que de sí mismo. Esta verdad ha mantenido su pedestal. Conformándose con ella, el hombre ha dirigido sus intenciones a conocer el grupo de leyes que la han formado, les ha reservado un espacio grande en el sitio en que en su mentalidad guarda la experiencia, y las ha rotulado con una denominación feliz: Eugenesia.

El conocimiento de las leyes de la vida confirió al hombre un empuje inaudito para tentar influenciarlas. Son tantísimos los intentos vanos en ese sentido. Así, desde siglos observa aterrado el hombre la enfermedad más común y más implacable: la vejez. Ve que se hereda siempre. Generaciones de generaciones han agotado recursos e intenciones para evitarla, otros para ahuyentarla. Muy poco han

obtenido los últimos, nada los primeros. La esterilidad de estos intentos ha llevado a la resignación derivada de aquella a encauzar su iniciativa en un plano más real: el conservar y entregar la vida en las mejores condiciones posibles. Es este el marco actual de la Eugenesia.

La Eugenesia es la ciencia que reúne todas las leyes que se proponen como fin bien determinado, el mejoramiento de la raza humana. Recurre para ello a todos los medios que permitan una selección de los mejores caracteres hereditarios, sean éstos físicos o psíquicos.

Si propone medios destinados a conservar caracteres sobresalientes, ya sean físicos o psíquicos, hablamos de eugenesia positiva, y hablamos de eugenesia negativa cuando la vemos interesarse por eliminar caracteres o disposiciones morbosas o lisiadas.

En los tiempos de Galton, el problema de salvar a la raza humana de una degeneración creciente pudo tomar los aspectos de la obra de un utopista. El problema no era agudo; era algo para tiempos venideros. El círculo interesado y convencido de las ideas eugenésicas era por demás estrecho, el auditorio indiferente. Las posibilidades de vida eran enormes, las complicaciones casi nulas. Sólo vino a disgregarse esa atmósfera de penumbra e indiferencia a poco de la Gran Guerra; fué ésta, por sus resultados disgénicos, la que presentó súbitamente a los diferentes Gobiernos el problema en toda su crudeza.

Vino el reajuste después de la Gran Guerra, el rubro del Debe se agigantó en forma no vista y los encargados del balance señalaron en forma raramente uniforme la magnitud de sus consecuencias. Con esa alarma brotaron tantas investigaciones: las hubo con conclusiones desesperadas y las hubo menos pesimistas, pero lo que obtuvieron esas observaciones fué que la Eugenesia adquiriera una importancia única.

Una advertencia seria lanza un pensador como KEYSERLING : «La hora actual del mundo, es la hora de la Eugenesia».

En realidad una guerra es siempre nefasta para la Eugenesia. Mueren en ellas los más valientes, los más hombres; se conservan, por cientos, los más débiles, los «menos hombres» . A los primeros se les entierra en fosas comunes por montones; son los segundos los que quedan, los que se reproducen.

No podía pasar desapercibido para los investigadores el resultado desastroso que traería para la comunidad, la sociedad, ese porcentaje evidentemente más alto de lisiados y débiles destinados a reproducirse, con respecto a los elementos robustos y escogidos que habían disminuido tan apreciablemente.

Es de mucho interés considerar más de cerca la situación y resultados que crea la guerra a la Eugenesia.

Cuando en tiempos antiguos el hombre vivía en pequeños «clanes» o tribus, era una necesidad natural la guerra constante entre ellos y así podía el grupo más fuerte adueñarse de las praderas más

fértiles, de los parajes más ricos en caza. Los miembros de estas tribus disponían entonces de un medio ambiente más favorable para sus componentes y sus crías. Crecían y se desarrollaban éstas en las mejores condiciones. Las tribus desplazadas quedaban en comarcas más pobres, caían, por lo tanto, en períodos de pésimo medio ambiente con peor posibilidad de alimentarse, sus componentes venían a menos y muchas se extinguían.

Un ejemplo de este rechazo sistemático de los débiles por los fuertes lo observamos hoy día en las razas de negros pigmeos del Africa, quienes, hoy ya cerca de la extinción completa, se conforman con vivir agrupados en pequeñas colonias, sólo en las copas de los árboles de algunas regiones pantanosas.

Era aquella la época gloriosa para la Eugenesia. El mecanismo de una selección natural era perfecto; sus resultados siempre parejos, no desmerecieron nunca.

Pero para aquellas tribus más fuertes que lograban adueñarse, por la calidad de sus hombres, de las mejores regiones, aparecía pronto la necesidad de arreglar su reglamentación de vida entre ellos en tal forma que no se produjeran disensiones o dificultades que pudieran segregarlos en grupos menores, por lo tanto más débiles, pues se exponían así a ser eliminados por otros grupos guerreros. Nacía entonces, como una consecuencia de las guerras constantes, la necesidad de permanecer unidos. En otras palabras, las guerras los obligaban a crear disposiciones sociales y de éstas la más notoria fué la de la ayuda mutua. La guerra exige el cultivo de disposiciones sociales.

Si bien es cierto que en el sentido de la Eugenesia esas formas de vida y lucha significaban una selección natural, feliz y segura, que conservaba a los más fuertes, debemos anotar, como lo señala con acierto LENZ en su magnífica obra «Grundriss der mensrchlichen Erblichkeitdehre und Rassenhygiene», que, habiendo constituido el hombre conglomerados mayores, eran también mayores las empresas guerreras, pero que, casi todos los triunfos de las armas redundaban en «desastres biológicos», pues el vencedor, al adueñarse de nuevas tierras, adquiría también, con el botín, nuevos elementos sociales: prisioneros hombres y mujeres. Con éstos, subyugados o esclavos, eran después inevitables las mezclas. La raza primitiva comenzaba a diluirse; aparecían mutaciones sensibles en las nuevas generaciones. Comenzaba el «desastre biológico».

Las guerras de los antiguos griegos significaban pérdidas apreciables justamente de los mejores elementos y así a sus grandes conquistas siguieron grandes mezclas y de ahí, como consecuencia propia, el desaparecimiento paulatino de la gran raza. Se reproducían los que no iban a la lucha y además se mezclaban con los elementos de los nuevos pueblos sometidos. Algo similar aconteció a Roma. En todos

aquellos pueblos donde una casta privilegiada dominaba sobre una de esclavos, fueron soportados los sacrificios de sangre justamente por la casta de privilegiados o aristócratas, la casta que aparecía como depositaria de las cualidades culturales más altas, más perfectas. Mermaban entonces las guerras las filas de esos privilegiados; con ello aumentaban las posibilidades para la reproducción de esclavos o elementos inferiores, los que personificaban el atraso cultural y la menor valía física.

Ya en la Edad Media disminuía el influjo negativo de la guerra con respecto a la Eugenesia. Las guerras se llevaban a efecto en aquel tiempo con soldados «alquilados», los condottieri, individuos aventureros venidos de todas partes, todos ejemplares desvalorizados biológicamente, que no conocían arraigo ni aspiración alguna que no fuera la moneda para tener como divertirse. Las pérdidas en vidas de estos elementos no significaban daño apreciable en el sentido eugenésico, tanto más cuanto que los elementos más seleccionados, terratenientes o ricos comerciantes participaban en las luchas sólo en forma secundaria. Se explica así por qué la guerra de Treinta Años no trajo el cortejo de desastres que era lógico suponerle, y los tuvo mucho menos que la primera Gran Guerra con su duración tan apreciablemente menor. Avanzando los años, se ensombrece más la situación.

El problema de la selección toma un aspecto de terror contra la eficiencia y pureza de la raza, al implantarse el servicio militar obligatorio a raíz de la Revolución Francesa, con su «levée en masse». Según TAINÉ, cayeron en las luchas de la Revolución Francesa alrededor de 800.000 hombres y en las guerras napoleónicas siguientes 1.700.000 franceses.

Estas pérdidas sobrepasan comparativamente las que tuvo Francia en la última Gran Guerra, si se tiene presente el censo de Francia en aquella época. Según LENZ, sufrió Francia en aquella época un daño racial tal que no ha logrado corregir jamás.

Otro ejemplo, algo más cercano para nosotros, con respecto al desastre que significa la acción eugenésica negativa de una guerra, lo vemos en la lucha de cinco años del Paraguay, contra Brasil, Uruguay y Argentina (1864-69) al comprobarse después de ella que sólo quedaban 28.000 hombres para 106.000 mujeres en el Paraguay (9).

Mientras más avanzamos en la Historia hacia nuestros días, vemos que el efecto de las guerras es cada vez más tremendo con respecto a la Eugenesia. Llegamos así a la época en que para el servicio militar obligatorio sólo se aceptan ciertos individuos, escogidos, quienes reúnen preciosas condiciones de salud y vigor. Siendo éstos los únicos que se aceptan en los ejércitos, es fácil prever los resultados que tendrá aquello para una Eugenesia real.

Fácil resulta comprender que en un grado máximo son desastrosas las consecuencias de una guerra civil, donde son siempre los mejor dotados los que son ultimados en gran escala.

El marcado exceso de mujeres en el período de la postguerra y el manifiesto empobrecimiento de los países, en cuanto a hombres, llevó a autores conocidos de la época, a propiciar un arreglo social nuevo: la bigamia autorizada por el Estado. Se pretendía enmendar la legislación en tal forma que le fuera permitido a los soldados que volvían de la guerra, tener más de una mujer. Así, MARCEL PREVOST, según el artículo «La mujer después de la guerra», aparecido el 11 de Julio de 1916 en Muenchener Neueste Nachrichten, y, después CHRISTIAN von EHRENFELS en su artículo «Arma mentismo Biológico de la Paz» (Biologische Friedensruestung) publicado en los Archivos de la Raza XI, 5 de Abril de 1916, aparecen defendiendo la tesis recién mencionada.

Consigno estas opiniones por el valor histórico que tienen, pero omito, por ahorrar espacio, anotar, aunque fuera en parte, la crítica acerba y violenta que trajeron como consecuencia. Guiaba a aquellas opiniones sólo el deseo de aumentar cuantitativamente, y en la forma más rápida, el capital humano perdido durante la guerra. El fin que se perseguía no consiguió partidarios, ni con el método propuesto.

Se ensombrecía el porvenir de la comunidad, por deterioro de sus elementos, sus componentes, los individuos. Este daño trata de corregirlo la Eugenesia. «En nuestro mundo no existe más que una realidad única y autónoma : el individuo. La sociedad, que tantas veces se opone a él, no tiene existencia verídica de por sí. No es otra cosa que una abstracción que expresa el hecho que resulta de la asociación de individuos. Y si queremos mejorar la sociedad debemos plantear el problema en las unidades que la componen: los individuos.

Se insiste entonces en dar a la Eugenesia su punto de partida científico, biológico: se la deja actuar sobre el individuo. Clasifica los ejemplares, señala lo viciado, lo no recomendable para reproducirse. Repite, en el hombre, con sobrada lógica, lo que ya conocía el cultivador en sus plantas y sus animales. Aparta lo bueno, deja que se destruya lo malo sin dejar recuerdos. Se cambia el modus vivendi, se va a una selección arbitraria, a una selección dirigida, se abandona lo que hasta entonces regía, que era la consecuencia de algo que podríamos llamar como «selección social». Esta no tiene una estructuración especial ni definida; su gira alrededor de motivos pecuniarios. Careciendo ella totalmente de una directiva científica, no podía aspirar a lograr resultados recomendables.

Esa selección «social» ha estado entregada a la ignorancia y a la casualidad.

La Eugenesia va a una selección artificial, manteniendo una relación justificada con nuestra actual civilización.

Esta ha cambiado la lucha por la vida: hoy día no es siempre el más fuerte el que triunfa, el que subsiste. Ya no lucha el hombre con sus armas sencillas: el mazo y la lanza; ya no lucha el hombre como otrora por la conquista de su hembra, recurre si es que uno que otro tiene que hacerlo hoy día, para ello a la pluma o al libretto de cheques. No necesita confiarse en sus músculos y sus sentidos como antaño: una legislación detallada le garantiza una existencia, una vida apacible. De ahí que haya perdido sus cualidades intrínsecas de entonces.

Aquella forma de lucha desapareció; la actual es benévola con todos: en los tiempos antiguos el criminal era rápidamente ejecutado, el niño débil moría poco tiempo después de nacer, falta de atención médica adecuada. El loco era tratado con tal id en violenciapueblos civilizados de ahora. Aque- llo era Eutanasia. Su trabajo era el «homicidio piadoso».

Era aquella la Eutanasia de Platón, quien en el diálogo La República, decía: «La ciudad debe estar constituida por hombres sanos física y moralmente. El médico ocuparse exclusivamente de éstos, y se procurará eliminar a demás en beneficio de la sociedad».

Al espíritu de ese pensamiento platónico se refiere, si duda, CICERON al decir que «no hay nada tan absurdo que no haya sido dicho por algún filósofo».

La civilización ha hecho desaparecer aquella eutanasia, no costó gran esfuerzo; pero, ella no ha muerto del todo: se ha modificado, si, talvez es menos cruel, pero hace aún en nuestros días sus intentos de reclamar la atención. Ya no es la de Napoleón, el Gran Corso que ordenaba que todo herido grave fuera muerto, ni la Eutanasia ciega de BACON, que la recomendaba, fundándose en su positivismo, con las siguientes palabras: «El deber del médico es mitigar el dolor, aunque tenga que recurrir al recurso de enviar al enfermo a la vida eterna».

La Eutanasia nueva que ha intentado surgir de las ruinas de su antecesora tiene al parecer su cuna en Inglaterra. Allí ha mostrado sus asomadas más serias. Viene cam-

biada, fundamentalmente. Casi no se la conoce. Exige una premisa: se debe pensar en ella sólo cuando ya la ciencia médica no reconoce más recurso. Así vemos que por una considerable mayoría, 35 votos contra 14, fué rechazado en la Cámara de los Lores, un proyecto que patrocinó el extinto Lord MOYNIHAN, famoso cirujano, para que, bajo ciertas condiciones, fuese permitido abreviar los padecimientos de los que sufren una enfermedad mortal o incurable. Lord Moynihan, que escribió varios libros sobre temas quirúrgicos, se formó una gran reputación como profesor de la Universidad de Leeds. No obstante tan ilustre padrinazgo, la Cámara de los Lores fué francamente desfavorable al proyecto. Además de la oposición de la Iglesia Anglicana, representada

por el Arzobispo de Canterbury, encontró fuerte oposición universitaria, representada por los médicos en Lord DAWSON OF PENN y THOMAS JEEVES HORDER.

De la literatura moderna se desprende que es sólo cuestión de tiempo para que esta Eutanasia nueva obtenga un manto legal en Inglaterra : el número de sus defensores es ya demasiado grande.

La nueva eutanasia mencionada toma en realidad todo el tinte de una eugenesia negativa, especializada, desea que su trabajo se llame ahora «muerte piadosa».

La otra Eugenesia, la positiva, es la que crece a pasos agigantados. Aquélla eliminaba los efectos, no tocaba las causas.

Se le ha comparado, en su papel, al del cultivador. Es una comparación feliz. Deja el cultivador sólo lo sano, lo digno de perpetuarse; mata lo dañado. Pero este papel ha de ser distinto al del cultivador según la idea de DEAN INGE, quien en su pensamiento trae un dejo fuerte de eutanasia: **<El Estado tiene tanto derecho para eliminar a los ciudadanos indeseables, como el jardinero que limpia de malezas su jardín>.**

El criterio eugenésico que ha de guiar al cultivador humano se ha de formar del conjunto de reglas de aplicación de las leyes biológicas, que han de llevar al perfeccionamiento de la raza humana. Es la ciencia del buen nacer.

Y puede recorrer dos caminos: el primero es el de la **eugenesia positiva**, que lo lleva a fomentar uniones sexuales óptimas, sumando para ello todos los elementos que aseguren una procreación robusta, ejemplar, física y psíquicamente; es decir, organiza los Consultorios Públicos de Salud Hereditaria; y el segundo camino es el que extrema las medidas tendientes a impedir la reproducción de elementos negativos, dallados ya parcial o totalmente, es decir, echa mano de las leyes de esterilización, de los consejos neo-maltusianos, de los estudios de OGINO SCHMULDERS.

Tomando ambos caminos asegura mejor el éxito. Es seguramente en este segundo camino donde puede flaquear, pues propone en él medios de violencia, cargados de probabilidades que han de depender de criterios humanos encargados de cumplirlos, expuestos por lo tanto, en grado seguramente apreciable, a falencias. Tendrá que pedir ayuda a la ciencia del Derecho para poder estar en la posibilidad de ser siempre sistemáticamente ecuánime.

Ya no podremos apartarnos de la Eugenesia. Ha fracasado el simple sistema de asistencia al enfermo: solamente es menester un cambio radical en la orientación de la defensa de la salud pública; se requiere una vuelta completa de timón, que la conduzca decididamente hacia la prevención de las enfermedades de lisiados o físicamente inservibles. No descuidemos a los enfermos, pero tratemos preferentemente de proteger a los sanos.

Dinero gastado en prevención ahorra un gasto diez veces superior en asistencia. El primero es el que rinde los intereses más altos.

Pero es difícil plantear la Eugenesia en forma integral. Sus primeros grandes obstáculos los constituyen la falta de cultura y las diferencias dogmáticas. Deben poder orillarse esas dificultades; el premio que se persigue es honra de todos.

Ese premio sería para nosotros, los médicos, un galardón especial: cambiaría nuestras vidas, seríamos en adelante guardianes de la salud; no viviríamos tanto a expensas de la desgracia del prójimo. Tal vez tendremos que luchar por la implantación de una Eugenesia Integral.

En la justicia de la causa fundaremos nuestra inquebrantable fe para no cejar.

Es difícil organizar esa lucha; ella es pesada. Va dirigida contra prejuicios, contra estados de ánimo, contra poderes ocultos enormes.

Otro gran obstáculo constituye la falta de la «igualdad individual»; pues lo que realmente existe es justamente una «desigualdad individual». Hé aquí el obstáculo serio, porque tenemos que reconocer que no existe una «igualdad individual» desde el momento que la naturaleza distribuye de una manera tan caprichosamente desigual la salud, la inteligencia, el genio, es decir, las cualidades básicas que timbran las personalidades. Nadie es igual al otro; puede sólo, cuando mucho, aspirar a ser parecido. La mayor frecuencia o ausencia de aquellas cualidades básicas recién señaladas vienen a timbrar, a marcar las distintas razas, por ende, a «individualizadas».

De ahí se desprende que en el lema : «Libertad, Igualdad y Fraternidad», conservamos un error biológico. Pedimos, clamamos «libertad» justamente para poder señalar y evidenciar nuestra «desigualdad».

Es la «desigualdad individual» o «desigualdad natural» la que hace prevalecer situaciones determinadas. Existiendo notoriamente una mayor cantidad de individuos en los cuales por causas variadas esa «desigualdad» tiene una tendencia hacia el tipo individuo «inferior», es explicable observar que se aprecie una indiferencia marcada por un mejoramiento individual, en el sentido eugenésico. Son éstos unos terrenos áridos para la siembra de ideas eugenésicas, máxime si ellos, con menos cultura, tienen necesariamente que disponer de un menor poder de discernimiento.

Toda intención que no tome en cuenta, para su programa, aquella «desigualdad», va destinada, irremediabilmente, al fracaso.

Es pues, entre la gente de escasos recursos y poca cultura donde las posibilidades de una difusión, de una comprensión y de una adopción de las ideas eugenésicas ofrece las

más serias dificultades y es justamente allí donde más urge sembrarlas. Es aquí donde una falta grosera de instrucción empequeñece y aleja las posibilidades del éxito.

Una instrucción precaria mantiene la directiva de una moralidad desnaturalizada, que no logra apreciar cuándo debe poner atención a la voz de la ciencia; pierde entonces la preciosa oportunidad de enmendar rumbos.

Debemos conferir, a la instrucción que le debemos al pueblo, como «marca de agua», los conocimientos básicos de la Eugenesia.

Contrasta con el desatino del Marqués de SADE, quien pide una eutanasia que alcance hasta los huérfanos, el artículo esencialmente humano y científico de SUÑER, titulado «Los derechos del niño a la vida», publicado en El Sol, Madrid, el 10 de Abril de 1927, del que copio el siguiente párrafo: «Antes que suprimir la vida que hemos producido por nuestro propio albedrío en el niño débil o defectuoso, éste tiene un derecho anterior a no ser creado».

Un religioso de gran saber, el Padre MARIANA, afirma que es nuestra la culpa de la naturaleza de nuestros hijos como consecuencia de una directiva puramente egoísta que nos lleva a pensar más en las condiciones de hermosura o capital, al elegir la esposa y pide que en la cuestión de los enlaces intervengan ciudadanos competentes que eviten los

daños de acciones poco meditadas. (De la obra «De rege et regis institutione, 1598, cita de pág. 34 de Eugenesia y Matrimonio, HARO GARCÍA).

Un abogado, quien más tarde abrazó la carrera eclesiástica, PEDRO CHARRON, Predicador de la Reina Margarita de Navarra, sostenía: «Puesto que los hombres se hacen a la ventura y al azar, no es de admirarse que tan raras veces se encuentre uno hermoso, bueno, sano, juicioso y bien hecho. (Charron, «De la sagesse», Haro García, Pág. 35).

En un Congreso de Beneficencia Católica, celebrado en 1929 en Barcelona, tuvieron que retirar sus ponencias los pediatras MARTÍNEZ VARGAS y VELAZCO PAJARES, porque se les quería tachar párrafos en que hablaban de la necesidad de instituir el matrimonio eugénico y el certificado prenupcial y aconsejaban el reconocimiento médico de la embarazada.

Asoma allí otra vez el escollo «crónico» de la Eugenesia, y si esto ocurre todavía en nuestros días ¿cuáles habrán sido las penurias de aquellos clarividentes que se atrevieron a «insinuar» o proponer medidas eugenésicas en la época de la Inquisición?

Con un fin ya más egoísta y con un horizonte ya más estrecho, Federico II de Prusia efectuaba una selección artificial en un círculo reducido, a fin de obtener hermosos y grandes ejemplares de hombres para su guardia imperial.

Con Gengangere, el drama recio de IBSEN, culmina la actividad eugenésica del siglo diez y nueve, la obra que fué prohibida en Berlín y que tanto afán costó a su autor hasta verla subir a las tablas. Conocemos ese drama con el nombre de «Los espectros». Ibsen sostiene que aquel drama es la relación de hechos verídicos. «Espectros» presenta con toda crudeza y naturalidad las consecuencias de un matrimonio, por conveniencias y sumisión, de una mujer joven y sana, con un hombre rico, pero ya gastado en brazos de la bebida y otros excesos. Este matrimonio produce un hijo con la inteligencia y bondad de la madre, pero con el cuerpo enfermo por herencia paterna. Colocado en la vida, este joven entra en una lucha tan desigual que surge el drama, exaltado por la presencia de una mujer hermosa y robusta, pero de carácter brusco y viciosa, que después resulta ser su hermana carnal, un producto de una aventura amorosa de su padre alcohólico.

A Ibsen siguen después, en interminable fila, los autores que explotan el mismo o parecido tema. La materia es en realidad agradecida para plumas preparadas y el fin que persiguen, lo logran siempre con facilidad.

Halaga el sentido estético el estilo bello con que vierte su ansia de eugenesia RAMÓN PEREZ DE AYALA en su Prometeo, de donde copio:

«Estoy de dómine en una provincia española. Vine a Es-pala creyendo que era el país de las posibilidades. Ahora se me figura el país de las imposibilidades. Esto por lo que se refiere a mí, porque he renunciado al éxito y me declaro un hombre frustrado, porque no he tenido padre o lo he tenido a medias, que la función del padre no es sólo engendrar. Mi padre me transmitió un elemento del éxito: la fuerza. La gracia se la debo a mi madre. Lo demás me lo he hecho yo mismo. Creo que soy un hombre perfecto, como se lo demostraré a Ud. la naturalidad con que hablo de mi perfección. Esto explica, además, por qué soy un hombre frustrado: porque para hacerme hombre he necesitado tiempo, y al llegar a la sazón de perfecta madurez, veo que con ella coincide el período de declinación de los elementos de éxito. El resultado de mis viajes y estudios se puede sintetizar en unos breves postulados: la felicidad está reservada al hombre de acción; pero el hombre de acción no inventa la acción, la realiza; la acción la concibe el hombre de pensamiento; luego el hombre de pensamiento debe preceder al hombre de acción; el hombre de pensamiento comienza por creerse feliz en la fruición de puro conocer por conocer; hasta que llega al dolor de conocer que la felicidad reside solamente en la acción; y, por último, de este dolor asciende al alto goce de conocer que también a él le está reservada la más noble manera de acción: la de engendrar el hombre de acción; y este goce se acrecienta cuando el hombre de pensamiento es conjuntamente frustrado hombre de acción; cuando sabe que él mismo pudo ser hombre de acción. Dicho con otras

palabras: que si bien he renunciado al éxito personal, ha sido porque aspiro al éxito anónimo de la paternidad».

«Lo que yo hubiera querido ser, lo será mi hijo. Prometeo, hombre semidivino, redentor—que ahora más que nunca necesita de él la humanidad—, sutura viva e intersección del cielo con la tierra. Hé aquí cómo imagino yo la humanidad. Lo que para nosotros es cielo, mirando hacia arriba desde la tierra, es del otro lado, suelo, para los dioses que lo miran hacia abajo y sobre él se pasean. Y la humanidad es a modo de guirnalda que cuelga de esa techumbre, haciendo grandes y variadas combas, de un punto a otro, de los varios por donde pende. Pues esos puntos con que, de largo en largo, la humanidad está unida al cielo, son los hombres que yo llamo Prometeos. Cuando de uno a otro la distancia histórica se dilata demasiado, la comba es tan baja, que la humanidad se hunde en el lodo. Pues bien, suelo con mi Prometeo. Mi espíritu y mi carne están embebidos en este sentido del futuro y me lo auguran. Dirá usted que todo esto es porque estoy enamorado y deseo casarme. No, señor. Aun no conozco la mujer con quien me he de casar. Voy a buscarla con toda parsimonia y serenidad. Será fuerte, como yo soy fuerte; será hermosa como yo soy hermoso; será inteligente como yo soy inteligente. Iré al matrimonio con la conciencia de mi responsabilidad, con la clara conciencia de ser instrumento providencial y dilecto del genio de la especie».

En su forma, no en el fondo, sufrirá la Eugenesia algunas modificaciones según cual sea el partido político que imprima rumbo a un pueblo.

Teme BERTRAND RUSSEL, que en las repúblicas, la Eugenesia no pueda surgir en la forma como la ciencia lo espera, es decir, con todo el cortejo de medidas, ya sean positivas o negativas, y dice al respecto: «Se tropieza con el estorbo de las democracias. Las ideas de la Eugenesia se fundan en el supuesto de que los hombres son desiguales, en tanto que las democracias se fundan en el supuesto de que los hombres son iguales; por tanto, es muy difícil implantar políticamente las ideas eugenésicas, en una sociedad democrática, cuando tales ideas se dirigen, no a sugerir que hay una minoría de «gente inferior», como los imbéciles o tarados, sino a admitir que hay una minoría de «gente superior».

Pero debemos reconocer que el único motivo que es capaz de mantener hoy día, alrededor de una mesa a representantes de todos los partidos políticos, ya sean éstos monárquicos o comunistas, conservadores o radicales, es la Eugenesia, y ella los llevaría sólo a una discusión de la forma de su implantación, ya que en cuanto al fondo, a su esencia misma, todos están ya de acuerdo antes de discutir.

El resultado sería en todo caso constructivo, de provecho para todos.

Todo aquello constituye la Éugenesia que apadrina el Estado, la Eugenesia que forma su directiva, su programa con centros científicos; pero en la lucha por la vida se observa que ella aflora sola, aunque bastante desfigurada, demasiado teñida de egoísmo. Muy a menudo lo hace con una tutela despreciable: son motivos pecuniarios los que aparecen apadrinando el deseo de tantas mujeres. Nos es fácil recordar tantos casos. Los que nos dedicamos a la cirugía tenemos ocasión de oír más frecuentemente peticiones en ese sentido. De cada cinco mujeres que tienen que operarse, por cualquier motivo, una, por lo menos, pide se aproveche la ocasión para operarlas a la vez en tal forma que no tengan

más familia. La ignorancia es a veces tan grande que piden lo mismo aun en operaciones muy distantes de sus órganos genitales.

Estrechez económica, las más de las veces; miseria cruda y pesimismo innato las lleva a esta petición, pues, por lo general, la instrucción precaria recibida no alcanza a ahogar a aquella tentación, no es sordina suficiente para todas esas ideas de desesperación. De tiempo en tiempo encontramos mujeres que fundamentan su petición con razones serias: «el marido es tan alcohólico, que pierde los sentidos», «nos trata tan mal, nos quita el gusto para todo, señor, los niños son tan tontos todos, ninguno sirve para algo».

Aquello es eugenesia «criolla», tan simple como honrada. Esos cerebros de esas mujeres aún disciernen en medio de tanta estrechez y miseria, y antes de que ésta les ahogue la voluntad, gritan por ayuda: ven lo que les cuesta alimentar sus crías, ven que aún lo poco se hace nada; apenas surgen criaturas débiles, no quieren continuar en la experiencia, quieren evitar ese estado tremendo, piden se les ayude a no tener más. Ahogan el deseo tan propio, tan natural, tan grande de tantas: tener tantos hijos.

Ese sentido de responsabilidad oculto, el que asoma en esa eugenesia criolla, y que indudablemente aparece más diseñado en las mujeres que en los hombres, es el que debemos vivificar, agrandar, hipertrofiar, si fuera posible. El remedio específico para este mal es la instrucción y de esta clase de instrucción nos ocuparemos más adelante.

Que la instrucción es el alma de la verdadera Eugenesia lo observamos frecuentemente en la vida práctica: familias de albañiles o panaderos son siempre prolíferas en comparación con las de los profesionales.

El que ha disfrutado de una instrucción más esmerada limita casi siempre el número de hijos a sus posibilidades económicas, los guía el deseo de darles las mayores comodidades posibles, garantizarles la existencia en la forma, según ellos, más holgada, más segura. Los

demás, aquellos en que la ausencia de instrucción caracteriza la personalidad,

tienen un número mucho mayor de hijos, son menos previsores.

Así trabaja la selección social.

El biólogo DAVENPORT asegura que mil graduados en la Universidad de Harvard tendrán, al cabo de dos siglos, sólo cincuenta descendientes, mientras que mil obreros rumanos de los que viven hoy en Boston, conservando la proporción en que hoy se multiplican, tendrán, al cabo del mismo tiempo, cien mil descendientes. (SIEGRIED, «Los Estados Unidos de hoy»).

Contrariando los argumentos de Davenport, aparece J. CONRAD, quien, sobre la base de extensas estadísticas, en especial por aquellas llevadas por él mismo, sostiene que no tiene importancia práctica alguna el hecho de que las clases acomodadas tengan menor número de hijos, pues esto se corrige ya que en estas clases la mortandad infantil es tan reducida y entre los trabajadores, que son los que se caracterizan por familias prolíferas, el gran número de hijos es raleado pronto con la exagerada mortalidad infantil que le es propia.

Es lo que enseña la vida en todas partes, en todos los países.

El pobre, en el cual es frecuente el analfabetismo, no mira hacia el mañana, es imprevisor por excelencia.

No importa, los hijos le vienen como le han de venir.

Se genera así lo que en nuestros días debemos designar por individuo «inferior» eugenésicamente, pues proceden de fuentes donde los componentes son «socios» de la miseria, de la ignorancia, todos víctimas de la hipóalimentación. Estos elementos sólo pueden producir hijos eugenésicamente poco recomendables o francamente desechables, y los producen en gran escala. El aumento de ellos va en forma tres veces más rápida que el de aquéllos que proceden de medios donde la cultura caracteriza los progenitores. Aquellos numerosos productos viciados eugenésicamente nacen destinados al fracaso; son todos desesperados natos.

Prácticamente, se va a la extinción de los individuos eugenésicamente «superiores» y a la multiplicación intensa de los eugenésicamente «inferiores».

La civilización paga las costas del proceso.

H. SPENCER en su investigación biológica cree haber establecido que en la jerarquía de las especies a cada grado superior de evolución corresponde un grado inferior de fecundidad. Mantendría entonces un acuerdo evidente con lo sustentado por Davenport. Cree Spencer que en la especie humana hay una marcada oposición entre el fenómeno de la procreación y el que él denomina «individualización», esto es, el desenvolvimiento de las facultades intelectuales llevado al más alto grado, y que todo progreso en este mismo sentido se traduce en una

relajación de la generabilidad, experiencia a la que al principio se dió más importancia biológica y sociológica que económica; pero que posteriormente

recogida por ARSENIO DUMMOND y PAUL LEROY-BEAULIEU y combinada con las aseveraciones que en este mismo sentido hizo CAREY, dieron origen a la teoría sociológica en cuestión.

«La elevación general del nivel intelectual y la vida más diversificada e intensa del género humano tiene cierta influencia restrictiva sobre la prolificidad», decía Carey. Y Leroy-Beaulieu, manifiesta que, «desde el punto de vista filosófico general y fisiológico, sus doctrinas, según las cuales el hombre a medida que se civiliza pierde, por diversas razones, su fuerza reproductiva y ve el instinto sexual combatido y relegado a un plano secundario por otras consideraciones, otros sentimientos y otros placeres, aparecen como teniendo una base experimental más firme que la doctrina de Malthus, que tiene su fundamento en la asimilación de la naturaleza del hombre a la de animales y plantas».

M. Dummont parte también en su investigación de la idea spenceriana, pero dándole más amplitud en el sentido de que la oposición que existe entre la «individualización» y la «generabilidad», se debe, no tanto, a la disminución de la potencia generadora, como a la voluntad generadora, denominando a la ley que resume esta oposición, ley de la «capilaridad social» (J. R. ASTORGA BARRIGA, Control de Natalidad, página 33. 1933).

En un extenso análisis de la inversión que el individuo hace de sus recursos, manifiesta que preferentemente, por su egoísmo, el hombre trata de invertir más en pasarlo bien y buscar mejores oportunidades, política y socialmente, que en emplearlo en la crianza de una prole numerosa.

Además, la civilización tiende a hacer más efectivo el juego de esta ley de la capilaridad, porque ella fuerza al hombre a elevarse más alto, sacrificando en ello mucha parte de sus recursos. Sabemos bien que la civilización se traduce en un continuo aumento de nuevas necesidades, nuevos placeres, nuevas formas de actividad, lo que trae como consecuencia hacer aparecer estrecho siempre todo presupuesto de vida, es decir, aumenta los gastos personales, ya sea para proporcionarse un placer o para el propio desenvolvimiento. Recordemos que la escala social tiene tantos peldaños cuanto más civilizada es, y para ascenderla es necesario incurrir en gastos que se restan al presupuesto de la crianza y educación de los hijos, presupuesto, que por otra parte, es cada día mas elevado.

Vemos que el economista CARLOS GIDE, es partidario también de estas doctrinas sociológicas y estima que la fecundidad de la especie humana se irá debilitando a medida que el desarrollo moral e intelectual de los individuos se acrecienta.

Triste y poco recomendable que termine en acierto es esta doctrina que Gide preconiza como un pronóstico para el futuro.

La intención de desbaratarla es justamente lo que persigue la eugenesia de nuestros días.

Aumentando la masa de los «inferiores», va haciéndose más notoria la insuficiencia física y psíquica. Generan ellos mismos, por su gran número, un medio ambiente propio, sui generis, que pronto, a ellos mismos se les hace insoportable. Vienen entonces múltiples y variadas intentonas de enmendar ese medio ambiente ya irrespirable; desesperados por ese «no cambio de cosas», toman esos cerebros --el número lo justifica--, iniciativas de un futuro incierto, de realización imposible. Surgen los trastornos fundamentales sobre bases ideológicas, todas carentes en fuerte grado de principios científicos.

No los apadrina la experiencia, los guía una inquietud ciega, vehemente por lo desesperada, que los lleva a la innovación trunca, a la innovación problemática. Aparecen lo que llamamos experimentos políticos. Conocemos varios, todos de resultados discutibles, todos seguramente muy distantes de los deseados.

¿No está aquí la cuna del germen de lo que hoy se denomina: «Injusticia social»?

Todo aquello son preocupaciones de la Eugenesia, y entran en realidad bajo el dominio de una rama de ella, la eugenesia negativa, la que quiere persuadir al hombre que tenga hijos sólo cuando es sano y robusto. Quiere a la vez darle todos los consejos para que se mantenga como tal,., quiere que no tenga razón LA BRUYERE cuando afirma en uno de sus pensamientos: «La mayor parte de los hombres emplea la primera parte de su vida en hacer infeliz la segunda». No olvidemos que es justamente en la «segunda» cuando la Eugenesia necesita más al hombre.

Esta eugenesia negativa ha tomado cuerpo sólo en los últimos cinco años, cuando ella generó la Ley de 1933 para **«precaver una descendencia con taras hereditarias»** que vió la luz en Alemania y que vino a traer a un primer plan todo el conglomerado de leyes de índole más o menos parecida que había en diversas partes del orbe.

Fin